



**ALGUNAS REFLEXIONES PARA EL DEBATE SOBRE LA CULTURA
POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA
ENTRE LA HERENCIA Y LA MODERNIDAD**

Katarzyna Krzywicka¹

La cultura política es una de las cuestiones básicas en el análisis de los procesos del desarrollo político, de la estructura institucional y legal del estado, y de las formas de participación e integración social. Al abordar el tema de la cultura política en América Latina, aceptamos que está justificado hacer un análisis de este fenómeno por ser éste un rasgo común para toda la región independientemente de las diferencias que distinguen los respectivos estados y subregiones. El presente enfoque lo motiva la común herencia ibérica de Latinoamérica y de los procesos culturales relacionados con ella, entre otros, la religión católica y los procesos de mestizaje. El sentimiento de la existencia de unos lazos que unen los países de la región y que se formaron a través de la experiencia del colonialismo, de las luchas por la independencia, de la creación de los estados nacionales y de la liberación del neocolonialismo, influyó en el surgimiento de actitudes específicas frente a los mismos estados, sus órganos e instituciones, y en la comprensión por parte de los miembros de la sociedad latinoamericana de cuáles eran su lugar y papel en el sistema político. Junto con el desarrollo de los procesos de democratización, a partir de los años 80 del siglo XX, se puede hablar de un renacimiento de la cultura política en América Latina que se manifestaba en la aspiración a la creación de una cultura civil. Por tanto, aceptamos que la cultura política de América Latina constituye la síntesis de la historia, tradición y experiencia contemporánea. Lo esencial de la complejidad de la cultura política de esta región lo caracteriza Howard J. Wiarda mostrando los múltiples orígenes y tradiciones procedentes de la cultura occidental y de la tradición feudal y medieval de España y Portugal de finales del siglo XV y principios del siglo XVI, enriquecidas con una aspiración permanente de modernización y democratización². Así pues, la cultura política de América Latina aparece como una síntesis compleja de las tradiciones europeas, norteamericanas, criollas y autóctonas.

Política

¹ Dra. Katarzyna Krzywicka. Investigadora de la Facultad de Ciencias Políticas. Universidad Maria Curie-Skłodowska de Lublin Polonia.

² H. J. Wiarda, *Democracy in Its One and Many Forms*, [en:] H. Wiarda (ed.), *Comparative Democracy and Democratization*, TX: Harcourt Brace, Fort Worth 2000, págs. 162–173.



Al aceptar la definición clásica de la cultura política de Gabriel Almond y Sydney Verba, entendemos la cultura política como el conjunto de actitudes sociales de los ciudadanos en relación a la política y al orden político, concibiendo de manera diferente el sistema político, sus partes y componentes, entre los que se incluyen también los ciudadanos.

Por lo tanto, a los elementos básicos de la cultura política se añaden elementos de naturaleza conductual tales como actitudes, opiniones, valoraciones, orientaciones, etc. Otro aspecto esencial de la cultura política, tomando en consideración los estándares de los regímenes de los estados democráticos contemporáneos, es la cultura de la participación. G. A. Almond y S. Verba, al estudiar la revolución política como la que tuvo lugar junto con la generalización de la democracia, hablan incluso de la explosión de la participación. Los autores indican dos modelos diferentes de participación: el democrático y el totalitario³. El democrático le brinda al ciudadano la posibilidad de tomar parte de los procesos de la toma de decisiones políticas en el estado, mientras que el totalitario limita el papel del ciudadano a ser el “sujeto de participación”. El modelo totalitario se caracteriza por unas instituciones y procedimientos que existen formalmente, pero no funcionan. El modelo democrático no sólo exige la existencia formal de instituciones y procedimientos democráticos, sino también su funcionalidad, lo cual está condicionado por la existencia de una sociedad civil, y de una cultura democrática y ciudadana. La cultura democrática y ciudadana define el modo por el cual las élites toman decisiones, las normas en que éstas se apoyan y las actitudes que las caracterizan. También están las normas y actitudes adoptadas por los ciudadanos y expresadas en relación al poder y al resto de miembros de la sociedad. La forma y la efectividad de la representación y el carácter de la participación determinan el nivel de evolución de la sociedad civil.

La complejidad y la variedad de los factores que determinaron el desarrollo de las instituciones públicas y la cultura política en América Latina han influido en el carácter híbrido de los sistemas políticos contemporáneos de los estados latinoamericanos. La mayoría de ellos muestran rasgos de democracia no consolidada, manifestándose a menudo también como originales síntesis entre democracia y autoritarismo, llamadas también

³ G. A. Almond, S. Verba, *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Sage Publications, The Publishers of Professional Social Science, Newbury Park, London New Delhi 1989, págs. 2-3.



democracias limitadas, delegativas, o semi-democracias. Sin embargo, recordemos que la democracia es un proceso, de aquí que la diferencia en el grado del desarrollo a nivel formal y funcional entre los diferentes estados es un fenómeno normal. Teniendo esto en cuenta, denominaremos los sistemas políticos latinoamericanos como democracias incompletas, parciales o democracias en desarrollo. Como consecuencia, al desarrollo de los estados latinoamericanos se une el dilema oscilante entre los estándares democráticos y autoritarios de la política. El ejemplo de los estados que se han democratizado en las últimas décadas nos permite comprobar que la solución a este dilema se refleja en la forma democrática de instituir el poder (elecciones libres) y en la forma autoritaria de ejercerlo a través de gobiernos constituidos democráticamente. La tendencia a la creación de una democracia “sin democracia” está históricamente condicionada por el carácter peculiar de los procesos del desarrollo político de los estados de América Latina. En el mundo contemporáneo existen múltiples formas de democracia, para los cuales los cánones comunes, independientemente de la historia, la cultura, la tradición, el grado de desarrollo, las instituciones particulares y los procedimientos democráticos, deberían ser el respeto de los derechos ciudadanos y los derechos humanos, el pluralismo, la igualdad, la subordinación de las fuerzas militares al poder civil, la celebración de elecciones libres y abiertas, la honradez y la transparencia del gobierno en el uso de los fondos públicos y la realización de programas de desarrollo para el país. Somos conscientes de que así como no existe un modelo universal de democracia que posea criterios universales, tampoco podemos hablar de un canon universal de la cultura política. En los países en vías de desarrollo, que están modernizando sus sistemas económicos y buscando un modelo de desarrollo político, y a los que pertenecen los países de América Latina, el supuesto de que exista una concepción universal de democracia, de cultura política y de derechos humanos, es interpretado como una muestra de imposición de normas y valores por parte de los países de tradición política consolidada (“occidental”), cuyo objetivo es el mantenimiento de la dominación y el control. Esta apreciación está, sin duda determinada por la experiencia del colonialismo, del neocolonialismo político y económico, así como por marginación que han experimentado y siguen experimentando los países denominados también como “del Sur”. América Latina busca su propio camino de desarrollo político; y la cultura política, que es



la síntesis de lo tradicional y el pasado con el presente y el futuro, es la base de este camino e indica su fin.

1. La herencia iberoamericana

Al abordar el estudio de la cultura política de América Latina nos referiremos de manera sintética a la influencia de la herencia cultural iberoamericana⁴. En la época de la colonización del Nuevo Mundo, España y Portugal adoptaron una estrategia defensiva protegiendo sus territorios frente a la influencia de la filosofía renacentista e inculcando una concepción de las relaciones sociales conservadora, caracterizada por los valores católicos y monárquicos. La tradición ibero-europea presente en América Latina a partir del siglo XVI, formó un orden socio-político y una cultura política caracterizada por el autoritarismo, basados ambos en una estructura social jerárquica y patrimonial, en el elitismo y el tradicionalismo; en la dominación de la Iglesia Católica que legitima el poder laico y que tiene bajo su protección el sistema de educación, salud y relaciones sociales; en un sistema social y racial antagónico entre la élite española y portuguesa vs una mayoría de indígenas y negros en la parte baja de la estructura social. Las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa ejercieron una influencia limitada por el control religioso y político en el desarrollo de la conciencia de la sociedad colonial. La cultura política se formó bajo la influencia del autoritarismo del poder y del centralismo burocrático del estado, dominante en la región, al margen de las ideas y los movimientos modernizadores del mundo de aquella época. Claudio Véliz indica cuatro factores de carácter histórico que determinaron de manera específica el desarrollo político de América Latina, a saber: un sistema feudal incipiente, falta de libertad religiosa, un catolicismo religioso absolutista, poco impacto de la revolución industrial y carencia de movimientos sociales, políticos e ideológicos, capaces de influir en la transformación de los estados y las sociedades, tal como sucedió en Europa tras la Revolución Francesa⁵. Las colonias españolas y portuguesas eran consumidores

⁴ Véase: R. M. Morse, *The Heritage of Latin America*, [en:] H. J. Wiarda (ed.), *Comparative Politics. Critical Concepts in Political Science*, vol. V, *Developing Nations: Latin America, the Middle East and Sub-Saharan Africa*, H. J. Wiarda, Z. Aksoy, Y. Woldemariam (eds.), Routledge, Taylor and Francis Group, London, New York 2005, págs. 41–81; F. B. Pike, T. Stritch (eds.), *The New Corporatism: Social-political Structures in the Iberian World*, University of Norte Dame Press, Notre Dame 1974; C. Véliz, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton University Press, New York 1980.

⁵ C. Véliz, *The Centralist Tradition...*, págs. 3–4.



pasivos de las ideas que surgían en el campo del pensamiento político europeo. Al no haber experimentado ni el Feudalismo ni la Reforma, América Latina se benefició de la revolución industrial, que se había producido en Europa. Así pues, el desarrollo de la región transcurrió de manera peculiar, sin la experiencia del desarrollo socio-económico característico de los países europeos, y consistió en importar y adaptar nuevas soluciones sociales, políticas, económicas y tecnológicas al orden ya existente, evitando su cambio revolucionario y total.

A la liberación de los países latinoamericanos de la dominación del sistema colonial español y portugués a principios del siglo XIX, se añadió la necesidad de instituir una nueva estructura de poder. Los países independientes se formaron bajo la influencia de la idea del liberalismo político y económico como repúblicas democráticas. Sin embargo, el carácter republicano de los gobiernos tenía un sello formal y declarativo. En aquel entonces no existía ninguna infraestructura estatal y las sociedades de América Latina no poseían la experiencia en el ejercicio del poder de manera autónoma. Este déficit propició el surgimiento de gobiernos inestables y conflictos internos, en los que por la falta de una concepción coherente del desarrollo político y social se configuraron dos corrientes: la conservadora y la liberal. Mientras tanto, en el poder se alternaban gobiernos autoritarios, militares, democráticos y civiles. Por último, la tendencia dominante fue un retorno al tradicional centralismo autoritario. La independencia de la Corona Española tampoco trajo cambios esenciales, ni en la estructura existente ni en las relaciones sociales. La población indígena y los esclavos traídos de África quedaron al margen de la vida social hasta la primera mitad del siglo XIX. Dominaba una tendencia política que conservaba los privilegios corporativos y elitistas, ya que la oligarquía criolla terrateniente era la única formada y capaz de conducir los asuntos de desarrollo económico y político en las nuevas repúblicas. Durante el siglo XIX la aristocracia criolla se consolidó, nacieron los primeros caudillos nativos y se crearon los ejércitos nacionales. La introducción de la figura del dirigente fuerte fue motivada por la necesidad de estabilizar la situación y mitigar los conflictos. Se consolidó un sistema presidencial con amplios poderes ejecutivos en la persona del presidente y un poder legislativo y judicial debilitados. El mandatario gozaba de competencias excepcionales que reforzaban su autoridad, como la declaración del estado de excepción en el país, la suspensión y los continuos cambios de la constitución, así como



la promulgación de decretos con rango de ley. Un lugar especial en los sistemas políticos en desarrollo lo ocupó el ejército, que junto con el poder ejecutivo, legislativo y judicial fue “el cuarto pilar del poder” en el país, influyendo de manera decisiva en su funcionamiento⁶. Las supuestas repúblicas democráticas practicaron el patrimonialismo y el clientelismo políticos; el caudillismo militar y el presidencialismo autoritario. Se formaron repúblicas sin ciudadanos, mientras que los principios de igualdad se limitaban a unos pocos miembros de las sociedades latinoamericanas.

La cultura política de los países independientes la formaron nuevas ideologías y doctrinas que emanaron sobre todo desde Europa, como el liberalismo, el positivismo, el nacionalismo, el socialismo, el comunismo, la democracia cristiana y la socialdemocracia. A partir del año 1870 y hasta el final del siglo, dominó el positivismo, adoptado sobre todo desde la filosofía francesa social y política de Augusto Comte⁷. Las ideas del positivismo servían a las élites intelectuales y políticas latinoamericanas, ya que optaban por una concepción evolutiva del desarrollo y del progreso y por la modernización del país conservando el orden social y político existente, frente a una forma basada en cambios radicales y en la revolución. A finales del siglo XIX empezaron a cobrar fuerza las ideas latinoamericanas de un desarrollo nacional apoyado en la tradición, historia e identidad⁸. En América Latina chocaban diferentes valores: por un lado los tradicionales, basados en el autoritarismo, la jerarquía, el elitismo y el centralismo, y por el otro, las importadas ideas modernistas del liberalismo y de la democracia.

El siglo XX se caracterizó por una progresiva diferenciación en la estructura social, con un papel cada vez más importante de la clase media y con el desarrollo de partidos y asociaciones políticas. Con el fortalecimiento de su influencia política y su llegada al poder, la clase media ocupó un lugar en la estructura social y adoptó el modo de funcionamiento de las élites tradicionales. Mucha influencia en la formación de la cultura política la ejercieron las ideas del corporativismo que, a diferencia de la teoría del conflicto social de

⁶ B. Loveman, *The Constitution of Tyranny: Regimes of Exception in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh 1993.

⁷ Véase: C. Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*, Universidad de Deusto, Bilbao 2006, págs. 265–340; L. Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Ariel, Barcelona 1976.

⁸ Véase: K. Krzywicka, *Latynoamerykanizm – w poszukiwaniu tożsamości regionalnej w Ameryce Łacińskiej*, [en:] Krzywicka K., *Ameryka Łacińska u progu XXI wieku. Studia i szkice*, Editorial de la Universidad Maria Curie-Skłodowska, Lublin 2009, págs. 131–146.



Carlos Marx, apuntaban a un desarrollo armonioso de las relaciones entre el capital y el trabajo, apoyándose en la solidaridad social en el marco de las estructuras tradicionales como la familia, la vecindad, la parroquia, la comunidad religiosa, la asociación profesional, etc. La concepción del estado se apoyaba en la existencia de una sociedad integrada y solidaria y en la colaboración entre el gobierno, los propietarios/empresarios y las clases trabajadoras. El corporativismo se constituyó como una alternativa frente al liberalismo y al socialismo, asentándose sobre los valores sociales y religiosos arraigados en la tradición latinoamericana y otorgando un papel central a las élites y al estado.

En los años 30 del siglo XX surgieron diferentes tipos de organizaciones sindicales que representaban los intereses de las clases trabajadoras. Se desarrolló el movimiento obrero cuyos inicios habían comenzado ya en los años 60 del siglo XIX. La reivindicación de derechos y de un lugar en la estructura social fue el motivo de movimientos masivos, levantamientos armados y revoluciones (Haití, República Dominicana, Nicaragua, Perú, Bolivia, México) en los que participaron las clases obreras de la ciudad, las clases medias radicales, pero sobre todo los campesinos, que reclamaban una reforma agraria. Dicha reforma en vez de traer los esperados cambios sociales resultó más ser un instrumento de control y pacificación de las tensiones. La crisis económica de los años 30 debilitó a la oligarquía tradicional y provocó la llegada al poder de nuevas élites gobernantes populistas que propagaron las ideas del nacionalismo, estatismo, e igualdad social con un amplio apoyo por parte de los obreros agrícolas y urbanos,. Los gobernantes populistas tomaron el poder en México, Argentina y Brasil durante los años 30 y 40, mientras que en muchos otros países de la región surgieron movimientos políticos populistas. El conflicto social influyó en la adopción del pensamiento político europeo de izquierda. Se desarrollaron entonces las corrientes socialistas, el comunismo, el anarcosindicalismo, y el trotskismo. El nuevo enfoque de la población autóctona del Perú liderado por José Carlos Mariátegui (1895–1930) fue un original logro latinoamericano del pensamiento izquierdista. Mariátegui propuso el aprovechamiento de la cultura autóctona para superar las barreras del desarrollo a partir del carácter económico y social de la marginación de los indígenas, haciendo hincapié la necesidad de la “peruanización del Perú”⁹.

⁹ José Carlos Mariátegui es el autor del primer análisis de las relaciones social-económicas en América Latina, incluido en la obra *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* publicada en 1928,



Las ideas adoptadas del liberalismo, del positivismo y del socialismo en los siglos XIX y XX, provocaron también la remoción de la iglesia católica de su papel hegemónico en los países latinoamericanos, vía secularización (Colombia 1853, México 1857/1917, Guatemala 1871, Venezuela 1870–1888, Argentina 1880, Brasil 1890, Ecuador 1895, Chile 1925)¹⁰. El estado expropió los bienes de la Iglesia, limitando su función público-legal en asuntos relacionados con el derecho civil y la educación. La actitud de la sociedad hacia la Iglesia también fue cambiando, lo que se tradujo en un anticlericalismo propagado principalmente en el ámbito de las clases medias y obreras. Este fenómeno propició entre las élites el desarrollo de nuevas ideas como el positivismo y el pensamiento izquierdista. Especialmente en el sector obrero floreció el anarquismo y el marxismo. Dichos cambios no quebrantaron el liderazgo de la Iglesia católica, puesto que ésta mantuvo su influencia en el país a través de la formación de conciencia social

Le siguió un proceso gradual de adaptación de la cultura política nacida de la tradición ibérica, católica, criollo-feudal y patrimonial a las nuevas condiciones surgidas junto con los conceptos de modernización y desarrollo de la civilización industrial. No obstante y a pesar de los cambios, se mantuvo la base de dos clases en la estructura social, así como su forma elitista, patrimonialista y jerárquica. Los nuevos grupos sociales quedaron supeditados a las normas tradicionales, a las élites gobernantes y a la nueva oligarquía.

La descripción y el análisis de los valores tradicionales que formaron la mentalidad de las élites latinoamericanas, de la clase política y de otros sectores sociales, se incluye en la obra escrita por Seymour Martin Lipset y Aldo Solari, considerada ya como un clásico¹¹. Los autores indican que el sistema de valores que formaron la cultura política de la sociedad latinoamericana surgió a partir de los siguientes factores: a) experiencia histórica particular, b) tradición cultural, c) relaciones de clases, d) sistema educativo y formativo, y e) orientaciones y a los programas de cambio económico y social elegidos. S. M. Lipset destaca que cultura política latinoamericana niega el individualismo liberal y se apoya en la

Empresa Editora Amauta, Lima 1996. Mariátegui fundó Partido Socialista Peruano (1928) y Confederación General de Trabajadores del Perú (1929).

¹⁰ J. O. Bezzo, *The Church and the Liberal States (1880-1930)*, [en:] E. Dussel (ed.), *The Church in Latin America: 1492–1992*, CEHILA, Burns and Oates Search Press, Wellwood 1992, págs. 117–136.

¹¹ S. M. Lipset, A. Solari, *Elites in Latin America*, Oxford University Press, Oxford 1967; Los aspectos contemporáneos de la especificidad y el papel de las élites en América Latina los aborda la obra bajo la dirección de P. Birle, W. Hofmeister, G. Maihold, B. Potthast, *Elites en América Latina*, Iberoamericana, Vervuert, Madrid, Frankfurt 2007.



familia y la comunidad. Esta cultura es producto de tres siglos de dominación colonial hispano-portuguesa, cuyos herederos son aristocracia criolla y la Iglesia católica. Se trata de una estructura social estable e inalterable en la que el primer lugar lo ocupaba la oligarquía terrateniente, los militares y los funcionarios eclesiásticos; mientras que en el segundo aparecía una burguesía incipiente. Las relaciones económicas estaban marcadas por el latifundismo y la producción manufacturera. Posteriormente se consolidaron en el corporativismo social y un sistema de poder centralizado y autoritario, apoyado por las fuerzas armadas. Estas condiciones dificultaron el liberalismo, tanto en la esfera de las relaciones económicas, como de las sociopolíticas.

Las tradiciones e ideologías expuestas, que formaron la cultura política latinoamericana, siguen presentes hoy en día en la realidad política y social de la región. América Latina es percibida como “un museo vivo” en el que coexisten, acumulándose, formas de autoritarismo político procedentes de diversos periodos de desarrollo de los países de la región, mientras que la legitimidad del poder la proporcionan las diferentes manifestaciones de activismo social, que van desde la revolución a través de movimientos guerrilleros, violencia y manifestaciones, hasta la instauración de elecciones democráticas¹².

La especificidad del desarrollo y de la modernización latinoamericanos y los dilemas relacionados con estos procesos, son pruebas de la conciliación entre la presión de los cambios como efecto global de las tendencias desarrolladas en el campo de las relaciones políticas, sociales y económicas, con la consideración de la tradición y la identidad que constituyen la herencia de América Latina. Se conservó y consolidó, sin duda, un modelo de autoridad política y de fuerte liderazgo derivado de la tradición autoritaria y patrimonial – compadrazgo, y de la vinculación personal y emocional con el líder. Dicho modelo se expresa en la tendencia en América Latina a la concentración de poderes en el ejecutivo, a la identificación directa del jefe del estado con la nación, y al carácter burocrático-patrimonial de la administración del estado. Los investigadores señalan el carácter paternalista y clientelista de las relaciones sociales y de las estructuras del poder en los

¹² Ch. W. Anderson, *Politics and Economic Change in Latin America*, Princeton University Press, New York 1967; Id. *Toward a Theory of Latin American Politics*, [en:] H. J. Wiarda (ed.), *Politics and Social Change in Latin America*, Westview Press, Boulder 1992, págs. 239–254.



países latinoamericanos¹³. Domina la concepción según la cual la tendencia a aumentar los niveles de participación social choca con la política de intervencionismo del gobierno en todas las esferas del funcionamiento del estado. En efecto, las autoridades intentan conservar en la medida de lo posible el orden tradicional, y mantenerlo bajo control en caso de un aumento del nivel de participación social.

Los cambios que sucedieron en el siglo XX modificando las tendencias a la jerarquización, elitismo, corporativismo y autoritarismo en la vida social y política, no eliminaron del todo su presencia. En los años 60 del siglo XX tuvo lugar el regreso de los regímenes autoritarios militares. Solo en unos pocos países latinoamericanos se mantuvieron gobiernos democráticos (Colombia, Costa Rica, Venezuela). Los regímenes autoritarios de la segunda mitad del siglo XX fueron diferentes de las anteriores dictaduras personales, civiles y militares. Poseían un carácter institucionalizado, se apoyaban en las fuerzas armadas o en coaliciones cívico-militares y formaron gobiernos burocrático-militares que posteriormente se desacreditaron y terminaron cayendo en los años 80 del siglo XX. A partir de los años 90 en todos los países latinoamericanos a excepción de Cuba funcionaban democracias formales con distinto grado de consolidación.

En la evolución de los sistemas políticos de la región se percibe la alternancia de manera cíclica de tendencias autoritarias y democráticas, que están fuertemente arraigadas en todos los países latinoamericanos¹⁴. La investigación del desarrollo político exige el análisis tanto de la primera, como de la segunda tendencia, puesto que ambas están presentes en la realidad política de la región. Un rasgo característico de los sistemas políticos latinoamericanos es el hecho de que ni la forma autoritaria, ni la forma democrática de ejercer el poder, consiguieron una duradera legitimidad social. Ningún gobierno latinoamericano consiguió solucionar de manera eficaz los problemas de retraso de desarrollo social. Por eso los intentos realizados solo provocaron la aparición del populismo (ya fuera autoritario, militar o incluso democrático). Desde hace tres décadas

¹³ H. J. Wiarda, *Toward a Framework for the Study of Political Change in the Iberic-Latin Tradition. The Comparative Model*, [en:] H. J. Wiarda (ed.), *Comparative Politics. Critical Concepts in Political Science*, vol. V, *Developing Nations: Latin America, the Middle East and Sub-Saharan Africa*, H. J. Wiarda, Z. Aksoy, Y. Woldemariam (eds.), Routledge, Taylor and Francis Group, London, New York 2005, págs. 109–117.

¹⁴ Véase: J. M. Malloy, *The Politics of Transition in Latin America*, [en:] J. M. Malloy, M. A. Seligson (eds.), *Authoritarians and Democrats: Regime Transition in Latin America*, University of Pittsburgh Press 1987, págs. 235–258.



domina en América Latina la tendencia a pasar del autoritarismo a la democracia, pero simultáneamente observamos un retroceso de la democracia y el desarrollo de formas híbridas que se caracterizan por el mantenimiento de los procesos democráticos por un lado, y la aplicación de mecanismos autoritarios de poder por el otro. Este modelo de democracia está orientado a la delegación del poder y a la centralización del estado y está condicionado por la tradición y por la especificidad de su cultura política. Este proceso muestra la tendencia original latinoamericana que aspira a la búsqueda de soluciones estructurales nuevas y propias que, por un lado, tomen en consideración las especificidades locales de las condiciones de desarrollo económico y político, los problemas sociales, y por otro lado conserven los cánones básicos como también universales de la democracia.

2. La cultura civil latinoamericana

La cultura política entendida como un sistema de valores, de actitudes adoptadas, de comportamientos y de conciencia política, tiene sus raíces en la tradición histórica y cultural. Surge de la relación entre la sociedad y el estado en el marco de sus organizaciones e instituciones. La cultura política de América Latina se formó en un sistema de gobierno autoritario, por lo que muestra tendencia a supeditar la sociedad a la autoridad de un poder fuerte. La tradición democrática, dominada por la verticalidad y centralización del estado ejerció menor influencia en la formación de la cultura política. El control del estado sobre los procesos de participación política y la monopolización de las organizaciones sindicales y del sistema de partidos, dificultaron el nacimiento de la sociedad civil y provocaron consecuencias en forma de desánimo, pasividad y disminución de la confianza en las instituciones democráticas. Los procesos de democratización que tuvieron lugar en América Latina brindaron la oportunidad de cambiar el carácter autoritario de la cultura política a través del aumento y ampliación de la participación social y de la recuperación de la función representativa que debían ejercer los partidos políticos y el resto de organizaciones que articulan los intereses sociales.

Los estudios de opinión pública muestran que en todos los países de la región la democracia es percibida como la mejor forma de gobierno. No obstante, teniendo en cuenta que no se han solucionado problemas como la pobreza, la desigualdad social, la corrupción,



el crecimiento de la delincuencia, el cultivo y el tráfico de drogas, así como el incumplimiento de las promesas electorales y la tendencia a politizar la función de las fuerzas armadas, cabe añadir que la democracia en este caso no ha resultado ser muy eficaz. Es importante prestar atención al hecho de la diferente concepción de la democracia que hay en los países latinoamericanos, ya que a juicio de la sociedad la democracia no solo significa la realización de manera cíclica de elecciones libres para elegir los órganos de la administración pública, sino también una forma de estado protector (Uruguay, Brasil), patriarcal y nacionalista (Venezuela, República Dominicana). Además, la mayoría de los ciudadanos de Latinoamérica entiende por democracia el ejercicio de un poder fuerte, lo que significa un consentimiento para la aplicación de soluciones y de formas de ejercer el poder autoritarias. De la misma manera, hay que prestar atención al relativamente bajo nivel de legitimidad social (menos del 25%) para las instituciones básicas democráticas, como por ejemplo, el poder ejecutivo, la justicia, los partidos políticos, o los sindicatos; y el alto nivel de confianza que la sociedad tiene en las instituciones tradicionales latinoamericanas como por ejemplo la Iglesia católica y las fuerzas armadas.

La corporación chilena Latinobarómetro¹⁵, cuyo objetivo es el estudio de la opinión pública en América Latina, realizó una encuesta sobre el nivel de cultura ciudadana. A los encuestados se les preguntó en relación a sus deberes ciudadanos. Se distinguieron ocho deberes básicos: votación, pago de impuestos, respeto a la ley, participación en organizaciones sociales, participación en organizaciones políticas, protección de la naturaleza, ayuda caritativa y servicio militar. Los estudios mostraron que el único rasgo identificado por la mayoría de los encuestados como un deber ciudadano es el hecho de votar – 71% (Costa Rica, República Dominicana – 80%, Brasil – 60%). Así pues, en la percepción de la mayoría de latinoamericanos, la posibilidad de ejercer el derecho al voto es el componente básico de la sociedad civil. Los demás deberes no son aceptados de manera tan unánime. La obligación de pagar impuestos la señalaron el 52% de los encuestados, mientras que el respeto a la ley un 48%. Esto muestra el déficit del estado de derecho tanto en las actitudes como en la conciencia ciudadana. La solidaridad social con los pobres como deber ciudadano básico consiguió el 37% de las respuestas. Los encuestados no identifican unánimemente la participación en organizaciones sociales (el

¹⁵ Latinobarómetro. Opinión Pública Latinoamericana, [URL – <http://www.latinobarometro.org/>].



21%), la participación en organizaciones políticas (el 15%), la realización del servicio militar (el 20%), ni el compromiso con la protección de la naturaleza como los deberes ciudadanos más importantes y básicos para la sociedad civil y para la formación de la cultura ciudadana. Según los estudios realizados por Latinobarómetro, los rasgos más importantes con los que los ciudadanos de América Latina identifican la democracia son la libertad (el 42% de los encuestados) y la elecciones (el 27%). Tanto la libertad, como las elecciones, se refieren a la actividad de los ciudadanos en el estado democrático, es decir, a la libertad de hacer uso de los derechos civiles y a la igualdad del voto de cada ciudadano que participa en las elecciones. En siguiente lugar, la democracia es identificada con los derechos económicos y sociales.

El papel más importante en la estabilización y consolidación del sistema democrático lo cumplen los partidos políticos, definidos como agrupaciones libres de ciudadanos que comparten las mismas ideas y programas, y que articulan sus intereses y aspiran a realizarlos a través de la consecución del poder en el estado y la influencia en su funcionamiento. Los partidos políticos son instrumentos de movilización social. Reclutan y forman a los líderes políticos, y representan a los grupos sociales en los órganos del poder legislativo y ejecutivo; dicho de otro modo, son la institución básica de los sistemas democráticos contemporáneos. En América Latina los partidos políticos se encuentran actualmente en una fase de crisis. En el período de transición de los gobiernos autoritarios a la democratización de la vida política en los años 80 y 90 del siglo XX, se hizo patente que los partidos políticos no habían cumplido las expectativas ni desarrollaron su papel como instituciones que facilitarían la articulación de los intereses sociales y la participación ciudadana. La alta abstención en las elecciones parlamentarias y la disminución de la confianza de la sociedad en los partidos políticos fue un hecho generalizado en todos los países de América Latina. Los estudios de opinión pública realizados en 1996 indicaron que solo el 20% de la sociedad latinoamericana confiaba en los partidos políticos; en 2003 este índice cayó al 11%¹⁶. La crisis de legitimidad de los partidos políticos se hizo visible especialmente en los países (Argentina, Brasil, Perú, Ecuador, México, Venezuela) en los

¹⁶ UNDP, *Informe sobre la democracia en América Latina, 2004*, New York 2005, pág. 38.



que llegaron al poder gobiernos de carácter neopopulista, también llamados “del regreso del líder”¹⁷.

En los años 80, los sistemas de partidos latinoamericanos evidenciaban un alto grado de institucionalización, que sin embargo, por la confrontación con la introducción del modelo de desarrollo neoliberal y por los efectos sociales de este proceso, así como por las crisis internas de organización y los escándalos de corrupción, provocaron su desintegración en los años 90 (s. XX). La sociedad cuestionó la función representativa de los partidos políticos tradicionales así como de sus representantes en las estructuras de los gobiernos de los estados. Los índices de legitimidad social bajaron drásticamente. Surgió un nuevo tipo de elector decepcionado con la clase política tradicional que abogaba por candidatos ajenos a la política y que no tenían respaldo político ni apoyo por parte de los tradicionales partidos y movimientos políticos. Surgió un nuevo concepto en la cultura política denominado “antipolítica”, que consistía en cuestionar las hasta entonces formas de representación política, de partidos y élites, que no habían cumplido las expectativas ni habían solucionado los problemas sociales, sobre todo con la población pobre, mayoritaria en la estructura de los países latinoamericanos. Como resultado el fenómeno de la antipolítica se manifiesta en la popularización de los proyectos posmodernistas de regreso a una forma autoritaria de delegación del poder y de concentración de derechos, entre ellas de la función de representación de la sociedad en la figura del presidente. El sistema de representación se encuentra por lo tanto en fase de crisis, de transformación y de búsqueda de nuevas formas de institucionalización, que supone una negación del tradicional modelo particularista y clientelista.

Los estudios de opinión pública publicados por el Latinobarómetro relativos a la valoración de estos procesos (de democratización y de desarrollo económico y social) en referencia a las expectativas de su realización, muestran un bajo nivel de optimismo entre la sociedad latinoamericana¹⁸. A la pregunta de cómo valoran los encuestados el futuro del país en el sentido de la democratización de la vida política, la igualdad, la solución al problema de la corrupción y la introducción del estado de derecho, solo el 17% de los

¹⁷ Véase K. Krzywicka, *Nowy populizm. Dylematy demokracji w Ameryce Łacińskiej*, „Annales. Universitatis Mariae Curie-Skłodowska”, vol. XV, núm 1, Lublin 2008, págs. 57–68.

¹⁸ *Informe Latinobarómetro 2007*, Santiago de Chile 2007, Banco de datos en línea [URL – <http://www.latinobarometro.org>].



encuestados expresaron su esperanza en el establecimiento de la igualdad ante la ley, mientras que el 30% compartió el temor a que la situación del estado empeore. Solo el 23% de latinoamericanos cree en el éxito de la democratización, mientras que el 27% manifiesta su pesimismo a este respecto. En cuanto a la corrupción, hasta el 43% prevé su aumento y solo un 21% espera que disminuya. Las opiniones de los encuestados acerca de la democratización de la vida política, la introducción de la igualdad ante la ley y la contención de la corrupción, indican un bajo nivel en las esperanzas de cambio y de mejora de la efectividad en el funcionamiento del estado.

La cultura ciudadana se basa en una amplia y activa participación social. En el caso de los países latinoamericanos observamos nuevos hechos que fuerzan a la renovación de las estructuras e instituciones de participación social. Al analizar este problema conviene prestar atención a las específicas condiciones sociales de América Latina, especialmente a dos fenómenos que son esenciales para su comprensión. Primero, la gran variedad étnica y cultural de los países de América Latina, lo que podemos denominar como multiculturalismo (multiétnicidad). Segundo, la gran desproporción en el nivel de vida de la población, la pobreza y la exclusión social. La discriminación racial y la marginación económica y por lo tanto social, que afecta a estos mismos grupos sociales, dificultan así mismo el proceso de consolidación de los sistemas democráticos. Tanto la estabilidad de la democracia, como la formación de la cultura ciudadana en América Latina, dependen de la eficacia de una política que asegure el desarrollo de los pueblos indígenas y su integración en los estados nacionales con base al respeto a las diferencias culturales.

La cultura política contemporánea de América Latina se caracteriza por la creciente actividad de la población autóctona. En México, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil los Indígenas se alzan en defensa del derecho a la tierra, la autonomía, la cultura, la religión y el idioma. Desde principios de los años 90, en muchos países de la región los representantes de la población autóctona ocuparon cargos en la administración pública. Se adhirieron a la actividad política y social en el marco de los partidos políticos, sindicatos y organizaciones étnicas. En 1992 una activista en favor de los derechos humanos, Rigoberta Menchú, del pueblo Maya Quiché en Guatemala, fue galardonada con el Premio Nobel de la Paz. En 1993, por primera vez en la historia de Bolivia, país en el cual más de 66% de la población son Indígenas, fue elegido para el cargo de vicepresidente un representante de



esta comunidad, Víctor Hugo Cárdenas, un Indígena del pueblo Aymara. En las elecciones al parlamento de 2002 fueron elegidos 24 diputados y tres senadores representando a la población indígena. En las elecciones presidenciales de 2005 ganó Evo Morales Ayma (Aymara). En Ecuador desarrolla su actividad la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) y el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País. Surgen también nuevas organizaciones indígenas femeninas, como por ejemplo la Federación Nacional de Mujeres Campesinas en Bolivia o la Coordinación Indígena de la Cuenca Amazónica (COICA). La participación activa de las poblaciones indígenas en la actividad política no es por tanto un fenómeno nuevo del todo, pues se remonta hasta los años 60 del siglo XX; no obstante, la democratización de los sistemas políticos que se viene produciendo desde los años 80, brinda la oportunidad a las poblaciones autóctonas de la participación común en la creación de la cultura ciudadana. El desarrollo de la educación produce la formación de una élite de funcionarios moderna, competente y comprometida con el proceso de modernización política y económica. Uno de sus rasgos característicos es la cada vez mayor participación de representantes de sectores sociales hasta ahora marginados. El concepto de modernización del estado y de la sociedad encuentra así apoyo en los grupos de minorías étnicas, religiosas y nacionales.

La etnización de la política de América Latina se percibe en el aumento de la actividad política de los pueblos autóctonos, lo que puede, en opinión de Rigoberto Lanz, fomentar una tendencia al conflicto en los países y perturbar la consolidación de la democracia¹⁹. Esta opinión hay que abordarla en el contexto de la idea, presente en la vida política de la región, de un nacionalismo radical de izquierdas como principal impulsor de un desarrollo económico y político y que tiene gran influencia en la formación de la nueva cultura política de América Latina.

Cada sociedad se caracteriza por una cultura política que crece de su propia historia, de la especificidad de las instituciones del estado y de la práctica política, y que contiene elementos étnicos, religiosos, psicológicos y éticos, que se asientan en la tradición de dicha sociedad.

¹⁹ R. Lanz, *Cultura política y gobernanza. Varios mitos que sirven de cortada a las astucias del poder*, [en:] Ramírez Ribes M. (ed.), *Gobernanza: laberinto de la democracia*, Informe del Capítulo Venezolano del Club de Roma, Caracas 2005, págs. 103–104.



La cultura política latinoamericana se ha formado con base al autoritarismo y al militarismo que dominó la vida política de los estados que alcanzaron la independencia en el siglo XIX, y que también ha estado presente en su desarrollo a lo largo del s. XX. La cultura política de Latinoamérica en las últimas décadas ha cambiado buscando un equilibrio entre la tradición autoritaria y los estándares contemporáneos de democracia. Los estados latinoamericanos adaptan la concepción, las instituciones y la práctica de democracia a sus propias condiciones sociales, étnicas y culturales, a sus propios valores, sabiduría, identidad, prioridades y esperanzas.

Formalmente la democracia latinoamericana no se sale de los estándares europeos o norteamericanos; la diferencia estriba en el grado de funcionamiento, que está determinado por la especificidad de los problemas sociales y económicos de la región. Las normas e instituciones políticas y sociales importadas de Europa y América del Norte no se cumplen en los países de América Latina; en efecto, los latinoamericanos buscan su propio modelo de desarrollo político basado en la tradición, pero que al mismo tiempo pretende estar a la altura de los desafíos contemporáneos. Sin embargo, actualmente es difícil hablar de un entendimiento entre los estados de la región en materia de valores y de un modelo común de desarrollo. En el siglo XXI América Latina presenta un territorio políticamente variado, caracterizado por la fragmentación y la inestabilidad, por el abuso de los mecanismos autoritarios y patrimoniales tradicionales, por el regreso a los nacionalismos radicales y a los revolucionarios programas de cambios políticos, económicos y sociales. El desarrollo de la cultura política de América Latina va parejo con la pregunta por la identidad de la sociedad latinoamericana: ¿quiénes somos? ¿Europeos? ¿Españoles? ¿Indígenas? ¿Americanos? Al mirar al futuro de América Latina debemos tener en consideración la heterogeneidad de esta región, en la que el pasado y los anacronismos coexisten con la modernidad, y en la que el tradicionalismo choca con el concepto de desarrollo radical y revolucionario.